

El nevado del ermitaño

María Viviana Enríquez Pantoja¹

Juan Camilo Caicedo Peña²

Miguel Ángel Velásquez Bravo³

Angie Paola Lasso Ortiz⁴

Jazmín Selene Vallejo Botina⁵

Luis Ángel Pérez Ramírez⁶

Resumen

Este cuento es una recopilación de palabras autóctonas, nariñenses y pastusas, donde se muestra el amor hacia lo nuestro, el amor a los antepasados y sobre todo el respeto hacia el lugar que nos vio crecer. Dentro del espacio académico de *Comunicación Oral y Escrita* se aborda una temática llamada *Lenguaje, lengua y habla*, la cual permite crear, amar y revivir el dialecto con el fin de dejar aflorar el amor y el autorreconocimiento mediante textos narrativos como el cuento.

<Palabras clave: amor, arrepentimiento, cuento, traición>

¹ Magíster en Didáctica de la Lengua y la Literatura Españolas, Universidad de Nariño. Docente Tiempo Completo del Centro de Idiomas, Universidad Cesmag. Correo electrónico: mvenriquez@unicesmag.edu.co

² Estudiante de primer semestre, Ingeniería de Sistemas, Universidad Cesmag. Correo electrónico: caipe670@gmail.com

³ Estudiante de primer semestre, Ingeniería de Sistemas, Universidad Cesmag. Correo electrónico: miguelvb318@gmail.com

⁴ Estudiante de primer semestre, Ingeniería de Sistemas, Universidad Cesmag. Correo electrónico: paolaortizlasso55gsg2@gmail.com

⁵ Estudiante de primer semestre, Ingeniería de Sistemas, Universidad Cesmag. Correo electrónico: jazminselenevallejo17@gmail.com

⁶ Estudiante de primer semestre, Ingeniería de Sistemas, Universidad Cesmag. Correo electrónico: ip2963642@gmail.com

Cuentan nuestros antepasados que en lejanas tierras, pasando las montañas, existía un paraíso mágico que llamaban *San Juan de Pasto*, hermosamente conocido como *ciudad sorpresa*, lleno de muchas maravillas culturales, los bellos carnavales, el majestuoso volcán *Galeras*, entre varias cosas, cada una más bella y enigmática que la anterior, al igual que las personas, caracterizadas por su acento y elocuentes palabras... En fin, nuestra historia se remonta a un lugar alejado, a las afueras de este paraíso, donde lejos de las llanuras se encontraba un volcán dormido, el nevado de *Lambuc*, nombre de esta gran bestia dormida; en la base de este, existía una pequeña aldea de nombre *Kaede*, donde los aldeanos vivían alejados del resto de la gente, pero que compartían tradiciones similares a las de San Juan de Pasto.

Las personas de *Kaede* eran buenas, trabajadoras y amables, pero en ellas existía un miedo común y sin fundamento; en la cúspide de esta gran montaña se lograba apreciar un pequeño atisbo de luz que provenía de una pequeña choza entre musgo y helechos; en su interior se encontraba Feliciano, un hombre de sesenta años, un ermitaño que los aldeanos tomaban por extraño, como a la oveja negra del rebaño; él se aisló en la montaña donde nadie le haría daño, aunque sabe que nunca ha estado bien; sin embargo, no pierde la seguridad en tanto desorden mental... Nunca se ha relacionado con otros porque ha sido traicionado, él se valora aunque siente asco de sí mismo, tiene un aspecto *charoso*, poco agradable, barba larga, ojos grandes de tono avellana, cabello largo y negro.

En otro plano, a Feliciano le gustaba *cachicar* cuy y cultivar papa, de repente un día invernal el ermitaño se dirigió hasta la boca del nevado ya que en su interior hay una planta exótica y muy extraña llamada *pasiflora*, la cual tiene poderes curativos más allá de la imaginación de cualquier individuo. En su trayecto hacia dicha planta el ermitaño logró observar a lo lejos un pequeño arbusto que se zarandeaba de manera

extraña... al acercarse a ver lo que sucedía se encontró con un grupo de tres viajeros, desmayados por el inimaginable frío del lugar; Feliciano no sabía que hacer así que decidió llevarlos a su humilde hogar, lo cual no fue fácil, aunque el ermitaño tenía un aspecto escuálido y poseía una fuerza sobrenatural... una vez llegó a su hogar socorrió a los viajeros.

Entonces fue cuando uno de ellos recobró la conciencia, Janeth era su nombre, una pastusa hacendosa y un poco *peliaríng*, quien al ver al ermitaño con sus rasgos característicos poco comunes se asustó mucho; no sabía como había llegado a ese lugar, lo último que recordaba era haber escalado el nevado y de repente una fuerte tormenta los sorprendió; un poco *tiríng* y con su voz temblorosa le replicó.

- *Muérgano* desgraciado ¿qué nos hiciste? ¿qué deseas de nosotros? ¿por qué nos has traído a esta choza?

Feliciano la miró de reojo y con un aspecto poco cortés respondió.

- Les acabo de salvar la vida, mujer *chiltera*, si los hubiera dejado en el nevado se hubieran muerto del *verriondo* frío.

Janeth respondió:

- Primero que todo termina tu *vaciada*. También, me disculpo con su merced por causarle estos altercados.

- No te preocupes -respondió Feliciano- pero ¿qué hacían por estos lares? -preguntó-

- Lo que sucede su merced, -respondió Janeth- es que había escuchado la gran leyenda de la *pasiflora*, que al hacer un hervido con su flor, era capaz de curar cualquier enfermedad... Verdaderamente yo necesito esa planta, mi madre está muy enferma y es la única manera de aliviarla, puesto

que mi hermoso San Juan de Pasto sufre una fuerte crisis de contaminación, esto hace que las personas del lugar enfermen; además, conseguir medicamentos en este instante es complicado puesto que hemos perdido nuestro poco dinero en el *DRF*.

- *Orasite*, que voy a hacer si no logro conseguir la *pasi-flora* - agregó Janeth-.

- ¿Y quienes son ellos? -preguntó Feliciano-.

- Ellos son mis primos, Adalberto y Toribio, de igual manera estos chiquillos querían ayudar, pero han sido unos enteleridos que vienen todo *chumados*-replicó Janeth-.

En ese instante ellos despertaron y dijeron:

- ¿Qué sucedió? ¿por qué estamos aquí? Recuerdo que nos *desgualangamos* por la montaña como *trompo zarandengue*.

Y Janeth respondió:

- Fuimos salvados por este buen hombre, Feliciano. Le debemos la vida.

Pasados unos minutos, Adalberto y Toribio, fueron a la aldea por comida y provisiones, Janeth se quedó con Feliciano.

- Pues *veris*, hasta que lleguen esos enteleridos, puede usted contarme ¿qué le gusta hacer? -preguntó Janeth-.

Feliciano respondió:

- Me gusta interpretar dibujos rupestres, también forjar los con una historia tras estos.

- ¿Podría su merced interpretar uno para mí? -dijo Janeth-.

- Por supuesto -respondió Feliciano- y así empezó a recitar:

Anoche logré soñar contigo y tus caricias me hicieron estremecer de nuevo, tus palabras me dieron vida y tu sonrisa alegró mi ser, avisadamente aspiré tu aliento, mirando tus ojos, besando tus labios, y acariciando tu piel, al cobijo de la luna y al arrullo de la noche, en aquel espacio nuestro, y al encanto de tu hermoso ser, te abracé como nunca, disfrutando los latidos de tu pecho, te ceñiste a mí, mientras tus labios musitaban mi nombre envuelto en mil te quiero, y yo saboreaba tus besos... Amor, anoche soñé contigo y fue hermoso, fue divino.

Entre lágrimas, Janeth dijo:

- Fue hermoso, gracias.

Feliciano solo agachó la mirada entre sonrojos y se fue.

Mientras tanto en la aldea *Kaede*, Adalberto y Toribio, un poco *filimiscos* por la apariencia del ermitaño, empezaron a preguntar a los aldeanos sobre su persona y todos, con miedo, respondían:

- Ese ermitaño caza a los aldeanos que se acercan y los mata para convertirlos en abono para una planta milagrosa.

-Otros decían- Ese ermitaño últimamente ha decidido probar carne humana y se ve que le gusta.

Entonces, asustados de haber dejado a Janeth sola con este personaje, empiezan a ingeniar un plan junto con los aldeanos que, cegados por su ignorancia, aceptan con tal de liberarse de su miedo. Entre murmullos se decían:

- Esta noche asesinaremos al ermitaño, por el bien de todos, él es el único que es capaz de hacer estas barbaridades. ¡Todos vayan por sus armas, antorchas y todo con lo que puedan atacar!

Justo en ese momento Feliciano y Janeth, entre risas, cuidaban los cultivos hasta que escucharon llegar a Adalberto y Toribio.

Fue entonces cuando llamaron a Janeth. Un poco desconcertada, fue donde ellos y preguntó:

- ¿Qué pasa *guaguas*?

Llevados por el miedo intentaron explicar quien era el ermitaño, pero ella sin dejarlos acabar de hablar los detuvo y dijo:

- No mientan, Feliciano no es capaz de eso, lo se porque he estado a su lado y me he dado la tarea de conocerlo y ver la sensibilidad de su corazón.

Enojada se retiró, sin esperar lo que pudiera suceder... Más tarde, al estar en casa descansando, Janeth y Feliciano sienten un gran bullicio, preocupados salen a ver lo que acontece y ven a los aldeanos llegar a sus aposentos dispuestos a atacar. Pero, Janeth les dice:

- Esperen buenas personas, no hagan algo de lo que después puedan arrepentirse, no se dejen llevar por las apariencias y busquen dentro de Feliciano, dense a la labor de conocerlo y vean la maravillosa persona que es.

Entonces Janeth, tratando de salir en defensa de su nuevo amigo, sale lastimada por una piedra que un aldeano arroja. Feliciano colérico de la rabia se dirige hacia los aldeanos, cuando de repente de entre las sombras sale un monstruo gigantesco, parecido a un lobo, con una melena negra como la noche, colmillos afilados, ojos amarillos como el sol en el alba, y una expresión terrorífica, este monstruo corre hacia Janeth para atacarla pero Feliciano al ver esto se interpone entre la boca del lobo y Janeth; en eso dice a Janeth:

- ¡De prisa huye mientras puedas! eres la única persona que me trató como un ser normal, si permito que tú mueras, no tendré el valor de seguir viviendo.

Janeth empieza a correr mientras ve la batalla entre Feliciano y el monstruo, los aldeanos asustados intentan huir, pero Janeth los detiene y les dice:

- ¿A dónde creen que van? por su puesto vuelven a hacer sus barrabasadas e intentan huir, entendiéndolo ya no son unos *guaguas*, ahora ya saben quien es el que causa todas estas muertes, ustedes deberán disculparse con Feliciano por despreciarlo.

Entonces Janeth le grita a Feliciano:

- ¡Vamos Feliciano, demuéstrales la fuerza de tu corazón a estos ñucos!

Feliciano, al escuchar estas palabras, empieza a pelear ahora no por una razón egoísta, sino por alguien a quien debe proteger; así Feliciano logra derrotar al monstruo; pero después de tan ardua batalla sale mal herido, Janeth corre en su ayuda, pero ya es demasiado tarde, Feliciano en sus últimos instantes de vida le dice a Janeth:

- Nunca he logrado encajar en la aldea por mi aspecto, por eso pensé que debía ser fuerte para encontrar un lugar donde no fuera agredido, y en el transcurso del tiempo me di cuenta que estaba completamente solo, lo único que he conocido... es la soledad, por eso toma, esto es para tu madre -dijo Feliciano entregándole la última *pasiflora* de sus dominios-

Janeth, sumergida entre sollozos, le dijo:

- Yo deseaba entender aquellos momentos de tristeza o felicidad que tuviste, y ahora lo comprendo, esto me hace muy feliz, ya no estarás solo nunca más porque siempre vas a permanecer en mi corazón.

Janeth junta sus labios con los de Feliciano en un solemne acto de amor y con esto Feliciano fallece con una sonrisa en su rostro; los aldeanos carcomidos por la culpa y enternecidos con este acto maravilloso empezaron a llamar a la montaña *el nevado del ermitaño*, en honor al hombre que les salvó la vida y que ellos despreciaron durante mucho tiempo.

Así que, habiendo sido un cuento verdadero o un cuento inventado, ahora cuenta el tuyo que el mío se ha acabado.



Fin